

Una mirada antropológica sobre las violencias*

FRANCISCO FERRÁNDIZ MARTÍN** Y CARLES FEIXA PAMPOLS***

Este artículo trata de las violencias de la cultura y las culturas de la violencia. Tras revisar la especificidad de las miradas antropológicas sobre la violencia, proponemos una reconceptualización procesual de la misma, reflexionamos acerca de las formas y posibles consecuencias de la investigación y de la representación etnográfica en este campo, y acabamos esbozando el futuro de una antropología de la violencia que pueda ser también una antropología de la paz. Un epílogo sobre el 11-M sirve para resituar este bosquejo teórico en el escenario del terrorismo global.

Palabras clave:

Introducción

La crítica de la violencia es la filosofía de su propia historia.

Benjamin (1999: 44)

Es indudable que la *violencia* permea numerosos aspectos de la vida social, condicionando o determinando su dinámica. Pero a pesar de que usamos esta palabra con mucha asiduidad, no se trata de un término cómodo con una demarcación clara. Muy al contrario, la violencia es un fenómeno de múltiples caras y anclajes en las distintas realidades históricas y sociales. Para descifrar su complejidad, no hay más remedio que segmentarla en modalidades significativas. Hablamos con frecuencia, por ejemplo, de violencia juvenil, de género, sexual, étnica, racista, familiar, ancestral, endémica, terrorista, discursiva, abierta o simbólica, corporal o psíquica, cotidiana o estructural, de alta o baja inten-

sidad, violencia legítima o criminal, o víctimas y perpetradores de la violencia. Si bien en algunos casos estas categorías tienen un alto valor diagnóstico e interpretativo para el análisis de realidades concretas o de tipo comparativo, en otros pueden resultar limitadas, estigmatizantes, oscuras o equívocas. Por ello, un objetivo de este trabajo es acotar de modo crítico el rango de lo que entendemos por violencia, es decir, discutir sus límites, modalidades, contextos y consecuencias, examinar los usos que arrastramos desde el sentido común y cuestionar la relevancia de las categorías académicas que hemos construido para analizarla.

En cualquier caso, usemos las categorías que usemos, al hablar de violencia nos referimos a relaciones de poder y relaciones políticas (necesariamente asimétricas), así como a la cultura y las diversas formas en las que ésta se vincula con diferentes estructuras de dominación en los ámbitos micro y macrosocial (en términos de Gramsci, es hablar de relaciones de hegemonía

* Artículo recibido el 16/02/04 y aceptado el 16/04/04.

** Profesor de la Universidad de Deusto y director del programa de doctorado europeo Identidad, Territorio y Conflicto de la misma institución. Correo electrónico:

*** Profesor de la Universidad de Lleida y vicepresidente europeo del Research Comittee "Sociology of Youth" (International Sociological Association). Correo electrónico:

y subalternidad). El creciente interés que está prestando la antropología al estudio de los hechos violentos, sus antecedentes y sus trágicas secuelas –lo que recientemente se ha denominado *discurso del trauma*¹ o *antropología del sufrimiento social*² está ligado a la búsqueda de nuevas formas de pensar e interpretar estas complejas relaciones entre actos de violencia, significación, representación, hegemonía o resistencia. Al mismo tiempo, investigar o escribir sobre la violencia desde un posicionamiento disciplinario no es, o no debiera ser, sencillo. El propio análisis se convierte, a veces por caminos poco previstos, en parte de la realidad social. Desde una postura crítica y reflexiva acerca de la naturaleza y posible alcance de los métodos y textos antropológicos se hace inevitable, por lo tanto, enfrentar los aspectos éticos y políticos de reflexionar en torno a los hechos y representaciones de la violencia.

Este artículo trata sobre violencias y culturas. Al dejar los términos en plural queremos poner énfasis en la dimensión multifacética de las distintas expresiones de violencia y de sus diversas modulaciones culturales; por otro lado, al poner el término *violencias* en primer lugar y *culturas* en segundo, queremos enfatizar un juego de miradas analíticas en el que la resolución no pacífica del conflicto era el *topos* desde el cual pensamos que es relevante examinar el juego de consensos y hegemonías existentes en todo campo cultural. Se trata, pues, de estudiar la violencia no tanto como un *acto* sino como un *continuo* (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004: 1-5), no tanto como excepción sino como normalidad, no tanto como política sino como cotidianidad, no tanto como estructura sino como símbolo, no tanto como amenaza de guerra sino como negociación de paz. Para utilizar los términos de Walter Benjamin en su clásico ensayo *Para una crítica de la violencia* (1922), el estudio de las justificaciones culturales de la violencia (de lo que el autor denomina su *filosofía de la historia*) es la condición para una crítica cultural de la misma.³

Antropología(s) y violencia(s)

Sea el efecto directamente práctico o simbólico (que funciona para comunicar el valor del individuo como miembro de un grupo social), puede decirse que la violencia es una estrategia básica para la experiencia de la interacción social.

Riches (1988: 47)

El estudio de la violencia no es, sin embargo, un tema nuevo en el escenario antropológico. Como recuerda Edward Said en el epílogo de *Orientalismo* (titulado precisamente “Identidad, negación y violencia”), el control del desorden y los límites del terror son dilemas cruciales en cualquier política de la identidad. La domesticación de la agresividad, la anomia urbana, la resolución de conflictos y la violencia ritual fueron temas clásicos de las primeras escuelas socioantropológicas (como el darwinismo social, la escuela de Chicago, el funcionalismo y el estructuralismo). El estudio transcultural de la violencia no sólo permitió cuestionar las explicaciones biológicas de la agresividad humana, sino también reconocer que no toda violencia implica el uso de la fuerza, pues en muchas sociedades no occidentales se efectúa mucho daño físico de manera invisible (mediante prácticas como la brujería). El estudio de sistemas políticos no estatales –y de sectores subalternos dentro de la misma sociedad occidental– contribuyó a descubrir que puede existir la política más allá del Estado y que la violencia extraestatal no es nunca indiscriminada: pocas sociedades carecen de normas que estipulen cómo debe organizarse el conflicto (Riches, 1988: 25).⁴ Pues aunque se tienda a definir la violencia como el uso agresivo de la fuerza física por parte de individuos o grupos en contra de otros, hay otras formas de agresividad no física (verbal, simbólica, moral) que pueden hacer más daño, y sobre todo que “la violencia

¹ Sztompka describe una secuencia en la teoría social que va desde el *discurso del progreso*, que acompañó a la euforia modernizadora, pasando por el *discurso de la crisis* que desde mediados del siglo xx surgió en paralelo a la decadencia de la idea de *progreso*, hasta llegar al *discurso del trauma*, que está apoderándose poco a poco del ámbito de las ciencias sociales y las humanidades. Para este autor, *trauma* debe superar su connotación biológica para representar también el efecto que las grandes transformaciones sociales tienen sobre el tejido social y cultural (2000: 449-450).

² Como muestra, consúltese la importante serie de libros editada por Arthur Kleinman, Veena Das, Margaret Lock y otros colaboradores (Kleinman, *et al.*, 1997; Das, *et al.*, 2000 y 2001). Al respecto debemos señalar una interesante similitud de planteamiento con el concepto de *dolor social* surgido en el ámbito de la psicología colectiva (Arciaga y Nateras, 2002).

³ En este texto nos centramos en la especificidad de la mirada antropológica, aunque debemos señalar que la última década se ha caracterizado por el avance de las miradas transdisciplinarias sobre la violencia, en las que se cruzan las ópticas distintas de disciplinas que habían estado de espaldas durante mucho tiempo (como la psicología, la sociología, la criminología, el psicoanálisis, la comunicación y la filosofía social).

⁴ Cabe citar aquí la distinción de Evans-Pritchard (1977), a partir del caso de los nuer, sobre el carácter segmentario de la violencia: mientras las peleas entre miembros del mismo poblado se restringen al uso de garrotes, la gente de distintos poblados puede usar lanzas; este tipo de regulación se suspende cuando los oponentes no son nuer.

no se limita al uso de la fuerza... sino más bien en la posibilidad o amenaza de usarla" (Velho, 1996, cit. en Medeiros, 2003: 7).⁵

Pese al recurrente interés hacia la violencia por parte de los antropólogos (sobre todo hacia la ejercida al margen o por debajo del Estado), ha sido hasta los últimos años cuando su estudio se ha convertido en un campo de investigación privilegiado. Puede citarse, en este sentido, la publicación de diversas antologías transculturales, entre las que destacan las editada por David Riches (*The Anthropology of Violence*, 1986); Carolyn Nordstrom y JoAnn Martin (*The Paths to Domination, Resistance, and Terror*, 1992); Jeffrey A. Sluka (*Death Squad: The Anthropology of State Terror*, 2000); Bettina E. Schmidt e Ingo W. Schröder (*The Anthropology of Violence and Conflict*, 2001); Alexander Laban Hinton (*Genocide: An Anthropological Reader*, 2002); y Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois (*Violence in War and Peace: A Reader*, 2004). La primera, cuya versión en castellano lleva como título *El fenómeno de la violencia* (1988), tiene el mérito de incluir tanto estudios clásicos sobre la violencia en sociedades primitivas (de la brujería entre los mkako del Camerún al canibalismo entre los piaroa del Amazonas) como investigaciones sobre el imaginario de la violencia en sociedades occidentales (del terrorismo irlandés al cine japonés). Las otras más recientes (todavía no traducidas al castellano) amplían la antropología de la violencia al estudio del conflicto y de la paz, confirmando la fecundidad de la comparación transcultural para escapar de las tentaciones etnocéntricas en las que a menudo han caído los especialistas tradicionales en la *violentología* –criminólogos y psicólogos en su mayoría–, y ampliando el campo de estudio a las violencias políticas, simbólicas, estructurales y cotidianas.

En el ámbito iberoamericano existen también precedentes remarcables de estudios antropológicos acerca de este sistema. En el terreno de lo que podríamos llamar violencias políticas, debemos destacar el seminal y polémico libro de Zulaika sobre el terrorismo (1988); las contribuciones de otros antropólogos vascos (Aretxaga, 1988; Azurmendi, 2001; Aranzadi, 2001); los estudios de etnicidad y violencia reunidos por Fernández de Rota (1994) y la reciente revisión de Frigolé (2003) de las investigaciones en torno a la cultura y el

genocidio. En el terreno de las violencias cotidianas destacan las aportaciones de Romaní (1996) al de la violencia social, y las de Delgado (2001) al de la violencia antirreligiosa y racista. Respecto a las violencias de género, contamos con el valioso volumen compilado por Maquieira y Sánchez (1990). En Portugal debemos resaltar un notable estudio etnohistórico de Fatela (1989) sobre los imaginarios de la sangre y de la calle en la violencia urbana. En cuanto a América Latina, la última mitad del siglo xx presencié toda la variedad de expresiones de violencia (en forma de terror estatal, guerrillas, torturas, violencia social y ritual), aunque no siempre fueron los antropólogos los primeros en llegar a la escena del crimen (dicho sea sin ánimo metafórico), lo que puede explicar la tardía inclusión de las dimensiones culturales de la violencia entre los paradigmas dominantes.⁶

Culturas de la violencia, violencias de la cultura

La cultura es el vencimiento de la violencia (...) la violencia sería más bien un momento de quiebra de la cultura. En ese sentido no habría una cultura de la violencia.

Restrepo (1990), cit. en Blair (2002: 4)

El horizonte de este artículo es, pues, la discusión en torno a la conexión (sujeta a múltiples sobrecargas, cruces y cortocircuitos) entre violencia(s) y cultura(s). Por ello debemos empezar señalando el marco conceptual en el que situamos tal debate –presente en casi todas las comunicaciones–. Ya nos hemos referido a la utilización intencional del plural para enfatizar que no entendemos ni la violencia ni la cultura como conceptos esenciales ni estáticos. Aunque la criminología ha tendido a utilizar una definición demasiado restrictiva de violencia (reducida a algunos actos delictivos incluidos en el código penal de los países occidentales), los antropólogos saben que la consideración de un daño físico o moral como violencia no siempre cuenta con el consenso de los tres distintos tipos de actores implicados:

⁵ Aunque las definiciones reduccionistas de violencia (de corte biológico o psicológico) fueron hegemónicas durante mucho tiempo, hay cada vez más consenso entre la comunidad académica transdisciplinar en una definición holística como la propuesta por la Organización Mundial de la Salud: *a)* uso intencional de la fuerza objetivada o como amenaza; *b)* dirigida contra uno mismo, otra persona, grupo o comunidad; *c)* cuya intención es la de causar daño (físico o psíquico); *d)* construida socio-culturalmente y situada en un tiempo y espacio histórico específico (OMS, 2003).

⁶ La bibliografía de los estudios sobre violencia en América Latina es muy amplia. Además de las referencias incluidas en Blair (2002) para Colombia, puede verse la propuesta de conceptualización de los antropólogos brasileños Velho y Alvito (1996).

victimarios, víctimas y testigos (Riches, 1988: 24). Ello es particularmente relevante en aquellos casos de violencia ritual o simbólica en los que los ejecutores de los actos de agresión física suelen negar su carácter violento en función de criterios culturales.

Como sucede en la película *Rashomon*, de Akira Kurosawa, en la cual la crónica de una violación se reproduce según el punto de vista de los actores implicados (el victimario: el violador; la víctima: la mujer violada; los testigos: vecinos, marido, policía, cómplices), cualquier escenario de la violencia tiene muchas caras. El hecho de que las versiones discrepantes de la violación deban ser tenidas en cuenta, en la medida en que forman parte de la realidad y de la percepción que de ella se hacen los actores, es relativamente independiente del acto violento, es decir, de si existió o no violación y de quién la perpetró en realidad. Definitivamente, para los antropólogos es tan importante observar la violencia en sí como comprender la visión que los actores tienen de la misma. Además, en nuestra sociedad la función de testigo de la violencia suele estar filtrada por una institución: los medios de comunicación de masas. Así, es preciso pasar de una consideración factual de la violencia a una procesual. Philippe Bourgois (2001), con base en el caso salvadoreño, ha propuesto una definición de violencia a partir de cuatro modalidades de la misma, que nos permitimos retomar:

1. La *violencia política* incluye aquellas formas de agresión física y terror administradas por las autoridades oficiales y por aquellos que se les oponen, tales como represión militar, tortura policial y resistencia armada, en nombre de una ideología, movimiento o estado político. Se trata de la forma de violencia más presente en la historiografía y la ciencia política, tradicionalmente reducida a sus aspectos más institucionalizados.⁷
2. La *violencia estructural* se refiere a la organización económico-política de la sociedad que impone condiciones de dolor físico y/o emocional, desde altos índices de morbosidad y mortalidad hasta condiciones de trabajo abusivas y precarias. Este término fue acuñado en los círculos académicos por el fundador del campo de los estudios de la



- paz y los conflictos, Johan Galtung (1969), para enfatizar un compromiso socialdemócrata con los derechos humanos.⁸
3. La *violencia simbólica* definida en el trabajo de Bourdieu como las humillaciones internalizadas y las legitimaciones de desigualdad y jerarquía, partiendo del sexismo y racismo hasta las expresiones internas del poder de clases. Se “ejerce a través de la acción del conocimiento y desconocimiento, conocimiento y sentimiento, con el inconsciente consentimiento de los dominados” (Bourdieu, 2000; Bourdieu y Wacquant, 1992).
4. La *violencia cotidiana* incluye las prácticas y expresiones diarias de violencia en un nivel micro-interaccional: entre individuos (interpersonal),

⁷ La escuela funcionalista basó sus teorías sobre los sistemas políticos en la distinción entre el uso legítimo de la fuerza –patrimonio del Estado, casi nunca caracterizado como violencia– y el uso ilegítimo –presente en las relaciones interpersonales ante, bajo y contra el Estado. Vale la pena recordar aquí el clásico ensayo de Pierre Clastres, *La société contre l'Etat* (1974) y su artículo “Arqueología de la violencia” (1981).

⁸ Galtung define la violencia estructural como “la violencia indirecta construida siguiendo unas órdenes sociales, y creando grandísimas diferencias entre la autorrealización humana real y la potencial”. Él diferencia específicamente la violencia estructural de la violencia institucional enfatizando la “naturaleza más abstracta... que no puede ser atribuida a ninguna institución en particular” de la primera. La violencia estructural es a menudo “vista de un modo tan... natural como el aire

doméstico y delincuente. El concepto se ha adaptado del de Scheper-Hughes (1997), para centrarse en la experiencia individual vivida que normaliza las pequeñas brutalidades y terror en el ámbito de la comunidad y crea un sentido común o *ethos* de la violencia.

Por supuesto, estos cuatro tipos no deben considerarse como dimensiones autoexcluyentes: casi todas las formas de violencia cotidiana (de la delincuencia al suicidio) tienen sus bases en la estructural, y a menudo la simbólica se traduce en formas de movilización colectiva politizadas. Como investigadores holísticos, especialistas en las interrelaciones entre diversos aspectos de la cultura, la especificidad de una antropología de la violencia consiste en estudiar los vínculos entre las distintas formas de violencia presentes en cada estrato cultural (por ejemplo, la relación entre flexibilidad laboral y violencia racista, o entre dictadura política y delincuencia).⁹

La conexión entre violencia y cultura se ha resumido tradicionalmente en el término –más que en el concepto– de *cultura de la violencia*. Aunque al principio sirviera para cuestionar los paradigmas biólogos o psicólogos de la agresividad humana (que fundaron las teorías positivistas dominantes en el pensamiento criminológico basado en la obra del insigne antropólogo italiano Cesare Lombroso),¹⁰ el uso indiscriminado y acríptico del término pudo conducir a explicaciones igualmente esencialistas de la violencia (en este caso sustentadas en criterios culturales). Sucedió algo semejante al debate sobre la cultura de la pobreza originado por la obra de Oscar Lewis (1981): las buenas intenciones (el intento de comprender los códigos culturales de los sectores subalternos) se trocaron en malas teorizaciones (la tendencia a culpar a los pobres de su pobreza y a los grupos violentos de su violencia, el fatalismo de la pobreza y de la violencia en función de

criterios culturales). Por desgracia, ello facilitó la hegemonía de los paradigmas materialistas y el olvido de las dimensiones inmateriales implícitas en cualquier conflicto violento.¹¹

Elsa Blair incluye en un reciente artículo (2003) un excelente resumen de este debate conceptual, a partir de un caso tan sugerente como el colombiano. La autora recuerda que la literatura sobre violencia en el país ha pasado de negar tajantemente cualquier relación con la cultura a empezar a replantearla en la última década. La cita del sociólogo colombiano Eduardo Restrepo con la que abrimos esta sección es, en este sentido, perfectamente representativa del estado de la opinión académica y política dominante hasta principios de los años noventa: la cultura de la violencia es un término impensable porque supondría aceptar que los colombianos son en esencia violentos y la violencia es, por tanto, consustancial a su historia y sobre todo inmodificable (una especie de sino fatal). Debido a esto la palabra fue un tabú durante mucho tiempo para los antropólogos colombianos (una especie de maleficio que era no sólo impronunciable sino impensable). Pero como la misma Blair observa, ello conllevó el menosprecio de las representaciones mentales, valores y prácticas rituales, de las dimensiones expresivas de dolor, sufrimiento y crueldad que siempre acompañan y orientan las prácticas violentas (algo siempre extraño pero insólito si se conoce la cultura colombiana). Fue el comunicólogo hispano-colombiano Jesús Martín Barbero uno de los primeros en recuperar el interés por las matrices culturales de la violencia, recordando a los antropólogos que el desdén hacia el término cultura de la violencia suponía basarse en un concepto arcaico de cultura “... de una esencia que es todo lo contrario de lo que significa cultura, es decir, historia y por tanto procesos largos de intercambios y de cambios” (Martín Barbero, 1998, cit. en Blair, 2003: 6).

que nos rodea”. Mucho más importante, “la fórmula general que está detrás de la violencia estructural es la desigualdad, sobre todo en la distribución del poder” (Galtung, 1975: 173 y 175, cit. en Bourgois, 2001).

⁹ Joan Vendrell recuerda una cita de Pierre Bourdieu que vale la pena retomar: “la violencia estructural que ejercen los mercados financieros, en forma de despidos, precariedad laboral, etc., tiene su contrapartida, más pronto o más tarde, en forma de suicidios, delincuencia, crímenes, droga, alcoholismo y pequeñas o grandes violencias cotidianas” (Bourdieu, 2000: 58, cit. en Vendrell, 2003: 4-5). Puede consultarse otro debate reciente sobre la ley de la conservación de la violencia de Bourdieu, en Bourgois (2001 y 2002) y Binford (2002).

¹⁰ De Lombroso son muy interesantes sus estudios sobre los tatuajes y los graffiti de la cárcel (1878). Véase la reciente lectura de su obra por parte de un antropólogo italiano de la escuela gramsciana (Leschiutta, 1996). Dentro de la antropología italiana debe citarse también las aportaciones de Ernesto de Martino (1980) al estudio de las formas tradicionales y modernas de violencia ritual.

¹¹ El concepto cultura de la violencia estuvo en su origen asociado a los estudios criminológicos en la tradición de la escuela de Chicago. En el libro de Wolfgang y Ferracuti (1982 [1967]), titulado precisamente *La subcultura de la violencia*, se exponen las bases de tal tesis: “Existe una impetuosa filtración de violencia que va impregnando el núcleo de valores que marcan el estilo de vida, los procesos de socialización y las relaciones interpersonales de los individuos que viven bajo condiciones similares” (1982: 169).

Queda claro, pues, que al referirnos a violencia(s) y cultura(s) en plural estamos pensando en el continuo de formas de resolución no pacífica de conflictos¹² (de las políticas a las cotidianas pasando por las estructurales y las simbólicas) y en las modulaciones culturales de las mismas (en los códigos simbólicos que orientan tales prácticas, sujetos a constantes procesos de cambio y de intercambio). Desde esta perspectiva, en la mayoría de estas aportaciones se vislumbran dos posibles enfoques al estudio antropológico de la violencia: *a)* el estudio de las *culturas de la violencia*, es decir, de las pautas (usos, costumbres, ritos, imágenes) e instituciones culturales (organizaciones, poderes, subculturas, redes) que se estructuran con base en determinados códigos para el uso legítimo o ilegítimo de la violencia, ya sea interpersonal o autoinfligida; *b)* el análisis de las *violencias de la cultura*, o sea, de la presencia de la violencia (política o cotidiana, estructural o microsociedad, física o simbólica, visible o invisible, experimentada o imaginada) en instituciones o campos culturales, alejados a menudo de los que se asignan normalmente a la expresión y resolución de conflictos. Mientras el primer enfoque ha sido el tradicional en los estudios antropológicos sobre la violencia, el segundo, menos trillado, supone un intento de ver las cosas desde una perspectiva micropolítica –según la concepción foucaultiana de la microfísica del poder.

Investigar, representar, desarmar las violencias

Como la danza de tipo sacramental, también la violencia política puede vivir a veces como la conexión entre lo consciente y lo inconsciente y no hay palabras para decir qué es.

Zulaika (1988: 389)

Ya hemos comentado que hay, sin duda, un interés creciente por el estudio de las violencias en la disciplina antropológica y otras afines. No es que esta temática fuera desconocida en la antropología, pero carecía de la centralidad que está adquiriendo recientemente, sobre todo en algunas áreas de investigación antes descuidadas. Por ejemplo, como señala Nordstrom, hasta los últimos años la antropología no había estado

nunca en la primera línea de los estudios sobre violencia colectiva, terrorismo, y violencia en contextos estatales (1994: 112), a pesar de todos los datos y discusiones que podíamos aportar, dada nuestra querencia por las investigaciones de campo y el método comparativo (Sluka, 1992). Además, una buena parte de los trabajos de investigación, como señala Green, han sido llevados a cabo, en los últimos treinta años, en lugares donde hay algún tipo de violencia política y social (1995: 107). Siendo así, una cuestión pendiente es por qué la atención que hay ahora sobre todos los rangos de violencia no se produjo antes en la disciplina. Veamos un caso que puede resultar clarificador, al menos en cuanto a las violencias políticas. Aunque es necesaria mucha cautela para extrapolar sus conclusiones a otros ámbitos geográficos, en su conocido artículo “Missing the Revolution: Anthropologists and the War in Peru”, Orin Starn criticaba el desinterés que los antropólogos especialistas en los Andes habían mostrado con respecto a la expansión –clandestina, eso sí, pero difícilmente invisible– de un grupo guerrillero tan importante como Sendero Luminoso, durante sus investigaciones de campo en la década de los setenta. Según Starn, el bagaje teórico-metodológico de la época, aunado a una visión nostálgica (*andeanista*) de las comunidades quechuas como residuos de un pasado prehispánico desvinculado de la sociedad nacional, hacían inconcebible –y por lo tanto inexistente como objeto de estudio– un proceso de organización política clandestina de consecuencias masivas y dramáticas como el que se estaba gestando (Starn, 1992).

Las cosas están cambiando últimamente, hasta el punto de que cabe preguntarse si este auge no estará teniendo como consecuencia colateral un sobredimensionamiento de los aspectos violentos de las sociedades humanas. Es posible pensar que el propio incremento de la visibilidad de las violencias (tal y como las consumimos en los medios), unido a los nuevos desarrollos teóricos que nos permiten acotar, distinguir, contextualizar y relacionar diferentes tipos de violencia con mayor precisión, son elementos fundamentales en su popularidad actual como objeto de estudio. A los campos más tradicionales de estudio, entre los cuales están los que Nagengast ha denominado *escenarios tribales (prestatales o subestatales) de la violencia*, donde el interés residía en el análisis de violencias de tipo “práctico, físico y visible” (1994: 112),¹³ se añaden, intensifican y matizan en la actualidad otros escenarios de investi-

¹² Deberíamos añadir también en el objeto de la antropología de la violencia las formas de “irresolución” de conflictos (pues hay algunos que no se resuelven y se tornan endémicos: pensemos sólo en el conflicto palestino-israelí o en el terrorismo de ETA).

¹³ Nagengast (1994: 112) hace referencia a los encendidos debates entre especialistas sobre los grupos tribales “violentos” –los yanomami serían un paradigma de ello en esta bibliografía– y los “pacíficos” –como serían los inuit o los !kung, pero las temáticas de violencia son mucho más amplias.

gación que responden a los recientes cambios sociales, políticos, económicos y culturales, vinculados a los impulsos de la globalización. No sólo se trata de la aparición de escenarios de investigación novedosos, sino también de la transformación de lugares más clásicos en la disciplina en paralelo a la expansión y desarrollo de nuestros instrumentos metodológicos y conceptuales para enfrentar las violencias.

Sin pretender ser exhaustivos, es posible encontrar antropólogos investigando violencias en campos de refugiados (Malkki, 1995); bases militares (Lutz, 2001); zonas de guerra (Daniel, 1996); quirófanos y unidades de cuidados intensivos (Allué, 1994; Comelles, 2001);¹⁴ textos coloniales e imaginarios terapéuticos traumatizados (Taussig, 1987); o entre presos políticos (Feldman, 1991); militares, políticos y familiares de desaparecidos (Robben, 1995); excombatientes exiliados (Daniel, 1997); drogadictos o traficantes de *crack* (Romaní, 2000; Bourgois, 1995); guerrilleros y médiums espiritistas (Lan, 1985); amigos de la infancia atravesados por el asesinato (Zulaika, 1990); reporteros de guerra (Pedelty, 1995); viudas de guerra (Green, 1995); “entre dos ejércitos” (Stoll, 1993); o persiguiendo mercados clandestinos de órganos humanos (Scheper-Hughes, 2002). También, como demuestran los trabajos presentados en el simposium de Violencias y Culturas del IX Congreso de la FAAEE en Barcelona (Feixa y Ferrándiz, 2003), entre psiquiatras depurados por la dictadura; migrantes indocumentados; policías; médiums espiritistas; niños atemorizados o institucionalizados; trabajadores acosados; indígenas en situaciones postbélicas; mujeres excluidas, maltratadas y asesinadas; jóvenes marginados; supervivientes de un desastre; o imágenes del mundo de la moda.

Las violencias no son un objeto de estudio sencillo, y menos para una disciplina cuyo paradigma metodológico dominante es, desde los tiempos de Malinowsky, la observación participante. Es obvio que hay diferencias radicales entre unos escenarios de investigación y otros. Pero, como regla básica, a medida que aumenta la intensidad de la violencia –hasta llegar al extremo que Swedenburg denomina *lugares de campo traicioneros* (1995: 27)–, lo hacen al igual las incertidumbres y peligros de llevar a cabo una investigación, ya sea para el antropólogo o para los informantes y comuni-

dades involucrados en el estudio, a corto o a largo plazo. Ésta es una pregunta sin solución única, pero que merece ser formulada asiduamente durante el proceso de investigación: ¿qué constituye, en cada caso, un *buen trabajo de campo* sobre un tipo de violencia específica? Hacerse este planteamiento supone clarificar, y en su caso reajustar, los aspectos éticos de la investigación, la posición –científica, militante– de quien la realiza en relación con el objeto de estudio, las decisiones metodológicas tomadas a la hora de trabajar entre víctimas y perpetradores de la violencia, o la priorización de la recogida *participante* de datos sobre prácticas e imaginarios y representaciones de la violencia.

La serie de artículos reunida por Carolyn Nordstrom y Tony Robben en su imprescindible libro *Fieldwork Under Fire* (1995) proporciona muchas claves para el debate sobre la investigación antropológica de los hechos violentos. Robben y Nordstrom enfatizan la cualidad *escurridiza* de la violencia,¹⁵ así como su naturaleza *cultural*. Es confusa y produce desorientación –no tiene definiciones sencillas, tampoco entre los actores sociales implicados–, afecta a aspectos fundamentales y muy complejos de la supervivencia humana, y tiene un papel masivo en la constitución de las percepciones de la gente implicada (1995: 1-23). La complejidad de la situación puede llegar a producir en el investigador un *shock existencial*, que desestabiliza la dialéctica entre empatía y distanciamiento (Nordstrom y Robben, 1995: 13). Siendo esto así, las dificultades metodológicas son considerables. Sluka, basándose en su experiencia de campo al estudiar grupos independentistas armados en Irlanda del Norte, delinea algunos principios generales para garantizar la seguridad de las personas implicadas en una investigación de alta carga política y militar. El cálculo previo de peligros, la conveniencia de diversificar los temas analizados para reducir la visibilidad pública del más conflictivo, la eliminación de la agenda de las preguntas o temas incorrectos, el establecimiento de medidas de seguridad y confidencialidad en torno a materiales de campo –grabaciones, fotos– comprometidos, la definición clara de límites sobre las situaciones en las que el investigador está dispuesto a participar o no, o indagar acerca de las fuentes de financiación de la investigación, son algunos de los temas planteados (Sluka, 1995: 276-294).

¹⁴ El caso de los investigadores que deciden enfrentar tragedias personales o familiares utilizando sus propios cuerpos y sensaciones como escenario de investigación merecería una discusión más larga y matizada. La tensión entre subjetividad y objetividad, entre pulsiones íntimas y contextos sociales de curación y convalecencia, entre coraje personal y rigor metodológico, da lugar a un tipo de proyectos, reflexiones y textos que son un género en sí mismo, el cual nos permite llegar a lugares a los que la observación participante más habitual nunca puede acceder. Véanse, además de Allué y Comelles, Murphy (1987) –donde el autor estudia su propio deterioro físico y parálisis a raíz de un tumor en la columna vertebral– y Winkler (1995) –en el que la autora analiza su propia violación.

¹⁵ Basándose en las apreciaciones de Taussig (1987).

Es también muy problemático el posicionamiento del autor, así como el establecimiento de relaciones productivas con los informantes, en campos sociales dominados por la desconfianza y la muerte. Como argumenta Green refiriéndose a Guatemala (1995: 105-128), es difícil realizar un trabajo de campo en sitios donde el miedo, la sospecha, el secreto y el silencio son componentes esenciales y crónicos de la memoria e interacción social. Éste es el caso de los escenarios de guerra, aunque estos factores también son importantes en otros contextos (de represión política, violencia delincuencia o tráfico ilegales). En estas situaciones el antropólogo, para efectuar su trabajo, necesita construirse un espacio social específico que le diferencie de agentes visibles u ocultos de la violencia (los asesores militares o las distintas categorías de espías o informadores), pero quizá también –aunque esto merecería mayor discusión– de otros agentes externos que transitan los escenarios de la violencia (los periodistas, los funcionarios de instituciones internacionales o los miembros de organizaciones no gubernamentales). Finalmente, no es el menor de los problemas el de la *seducción etnográfica*, tal como lo plantea Robben para las situaciones de conflicto. Para este autor, los distintos agentes sociales en una situación violenta concreta, en este caso la *guerra sucia* argentina, tratarían de persuadir al investigador para que adopte su bando y su versión de los hechos, en un contexto de alta competitividad con respecto a la legitimidad de las representaciones de la violencia (Robben, 1995: 81-104).

El juego de las seducciones señalado por Robben nos lleva al problema del texto. Los debates en antropología sobre las políticas de representación cobran un sesgo especial cuando lo que se investiga son situaciones violentas. Los textos etnográficos se mueven en campos interpretativos de enorme complejidad, y “compiten” con múltiples versiones y formatos simultáneos de los hechos o representaciones que son objeto de estudio, muchos de los cuales llevan el sello de la vida o la muerte para los agentes implicados en la violencia, víctimas y perpetradores. En este heterogéneo campo de interpretaciones y memorias que rodea a los actos de violencia encontramos discursos y prácticas de propaganda hegemónica, tramas locales de resistencia –orales, corpóreas– y una variedad de discursos expertos –informes policiales, jurídicos, médicos, textos académicos... (Lambeck y Antze, 1996: xi-xxxviii)–, todos los cuales son construcciones culturales. Escribamos como escribamos, busquemos las audiencias que busquemos, estamos necesariamente condicionados por la dinámica interna de este mercado de la significación.

Los antropólogos, por lógica, no se aproximan al campo con presupuestos semejantes, ni definen las

violencias de la misma manera, ni buscan el mismo tipo de datos, ni se implican de forma equivalente con su objeto de estudio. Schmidt y Schröder han delineado recientemente una tensión en la antropología de la violencia entre aproximaciones de tipo analítico y de tipo subjetivista a la violencia, opciones teórico-metodológicas que tienen repercusiones claras en las clases de textos que se producen. En pocas palabras, según estos autores, para que esta antropología haga una contribución significativa al entendimiento comparativo de la violencia en el mundo, debería enfatizar el análisis causal de los aspectos materiales e históricos de los hechos estudiados. Priorizar de forma reflexiva la experiencia cotidiana y los testimonios de los actores de la violencia, como hacen los autores subjetivistas, nos sitúa en una dinámica de camuflajes, silencios y desinformaciones que impide la comprensión correcta –histórica, comparativa– del fenómeno (Schmidt y Schröder, 2001: 1-24).

Los autores que optan por colocar la cotidianidad, los aspectos subjetivos o los testimonios de los informantes en el centro de sus investigaciones y representaciones de la violencia siguen una lógica diferente a la expuesta por Schmidt y Schröder. Robben y Nordstrom sostienen que la experiencia es indisoluble de la interpretación para las víctimas, los perpetradores y los antropólogos. No podemos entender la violencia sin explorar las tramas en las que se representa. La forma de evitar las distorsiones que la narración provoca sobre los hechos violentos es permanecer lo más cerca posible del flujo de la vida cotidiana (Robben y Nordstrom, 1995: 1-23). De modo semejante, Kleinman, Das y Lock sostienen que la representación es la experiencia y que lo que no es representado “no es real”. Proponen un tipo de análisis interdisciplinar enfocado en la subjetividad humana para examinar “las relaciones más básicas entre lenguaje, dolor, imagen y sufrimiento” (1995: xi-xiii). Con un discurso más extremo, y refiriéndose a las violencias de mayor intensidad, Allen Feldman sugiere que la entrada de “los violentos, los muertos, los desaparecidos, los torturados, los mutilados y los desfigurados” en el discurso antropológico abre necesariamente fracturas en las estructuras narrativas, por lo que no pueden esperarse caminos continuos o lineales para encarar lo que él denomina *estados de emergencia etnográfica* (1995: 227).

Los estilos de investigación y representación, por otro lado, no tienen porqué ser excluyentes. En la comunicación que envié para el simposium de la FAAEE Aída Hernández (2003) combina ambas tendencias y comparte su texto de corte analítico con las voces de las mujeres supervivientes de la masacre de Acteal, para así rescatar “la subjetividad y el dolor” de los sucesos,

colocándoles en su contexto histórico y material. Asimismo, en su examen de las representaciones de las violaciones a los derechos humanos Wilson sugiere que es fundamental multiplicar los tipos y estilos de narrativas que se refieren a la violencia para incrementar su visibilidad matizada, y ahí encuentra un papel relevante para los textos antropológicos. Frente a los relevantes textos de denuncia que producen las organizaciones internacionales, donde predomina un estilo realista, literal, minimalista, sometido a la lógica jurídica para así optimizar su eficacia ante los tribunales, la antropología puede contribuir con sus escritos a restaurar la riqueza de las subjetividades y el complejo campo de relaciones sociales, los conflictos de valores y los espacios emocionales que las narrativas más burocráticas de la violencia habitualmente excluyen (Wilson, 1997: 134-135).

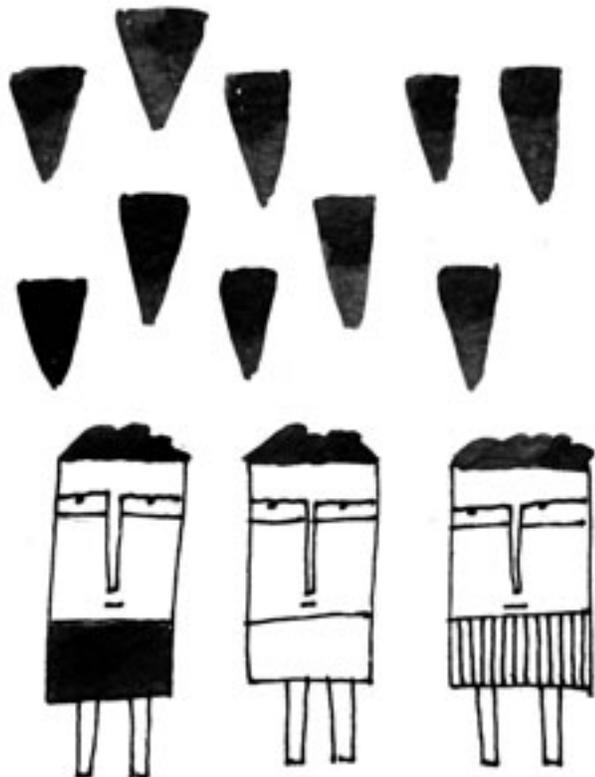
Por último, cabe preguntarse, ¿cuál es la importancia, si acaso, de desarrollar una antropología de la violencia? ¿Cuáles son las audiencias buscadas? ¿Cuál es el efecto esperado? Algunos autores tienen como objetivo prioritario profundizar en el entendimiento global de la violencia en el marco de debates disciplinarios o

interdisciplinarios de corte académico. Para otros, estudiarla conlleva un compromiso político con las víctimas, para lo cual es básico crear una conciencia crítica. Los más militantes abogan por hacer de las etnografías *lugares de resistencia o actos de solidaridad* donde se pueda *escribir contra el terror* (Green, 1995: 108).¹⁶ Con base en esta perspectiva se trata de describir, analizar, destripar las tramas más o menos sutiles de las violencias para denunciarlas y contribuir a desarmarlas, en sentido literal y figurado. Lógicamente, sea cual sea el compromiso epistemológico, ético y político de cada investigador, una antropología de la violencia no debería estar orientada al incremento o mantenimiento de ésta sino que, al contrario, debería tener como objetivo fundamental la disminución del sufrimiento. Desde un punto de vista utópico, la antropología de la violencia sería un antecedente disciplinario de una antropología de la paz.

El futuro de la antropología de la violencia

Aparecen las guerras que no se ven,
guerras que no son sólo de enfrentamiento.
La guerra social planetaria.

Ignacio Ramonet (2002)



En el reciente ensayo publicado por Ignacio Ramonet, titulado *Guerras del siglo XXI*, el director de *Le Monde Diplomatique* reflexiona acerca de la metamorfosis de la violencia en los albores del nuevo milenio. El autor mantiene que la violencia política tradicional, “la que trataba de cambiar el mundo”, se limita ahora a seis o siete focos en el planeta (de Palestina a Irak, pasando por Euskadi). Más allá del actual telón de acero, el mundo parece vivir en paz. Pero las sociedades de la globalización experimentan un polvorín cotidiano, una guerra de pobres contra otros pobres, de pobres contra ricos: la violencia de la supervivencia es la nueva violencia política. De la caída del muro de Berlín (1989) al ataque a las torres gemelas (2001), el naciente siglo ha supuesto el paso de la macroguerra fría (cuando dos enemigos se combatían en silencio o en la trastienda) a la microguerras calientes (cuando un imperio sin enemigo busca incansablemente al enemigo imaginario, razón y pretexto para violencias reales): “Un imperio sin enemigo siempre es más débil. El terrorismo internacional es la gran coartada: nace así la guerra infinita, la supremacía del interés del Estado sobre el

¹⁶ Véase también Taussig (1987 y 1992), Scheper-Hughes (1997) y Bourgois (2001).

derecho, la manipulación cínica de la información, y cambian los modales: la brutalidad y la tortura suceden al *fair play*". A un hipercentro desorientado y aterroizado se corresponde una inmensa periferia con nuevos conflictos y amenazas, "con grupos extraños cuyo alimento ya no es el marxismo sino raros virus intelectuales capaces de engendrar la hiperviolencia". Es lo que el autor denomina la *guerra social planetaria*, basada en nuevas violencias perpetradas, padecidas y presenciadas mundialmente: nuevas violencias políticas sin ideología o con ideologías ciegas; inauditas violencias estructurales sin Estado o con estados desmantelados; emergentes violencias cotidianas sin sociedad o con sociedades en descomposición; inéditas violencias simbólicas sin ética ni estética más allá del *todo vale* masmediático. Los victimarios, víctimas y testigos de siempre, pero con otros códigos (o con códigos indescifrables) y en un nuevo escenario global (o en *no lugares* sin escenario).

El antropólogo mexicano-catalán Roger Bartra expresó hace poco sus lúcidas reflexiones sobre las redes imaginarias del terror político en tiempos de globalización (2003). Bartra señala que con el cambio de siglo, y tras los sucesos de Nueva York, se habían ampliado las bases materiales y simbólicas para que tales redes tuvieran un desarrollo inédito. Con esta premisa, desafió a los antropólogos a abrir las cajas negras –y ahora también, añadiríamos, a descifrar las tarjetas SIM (*Subscriber Identity Module*) de los teléfonos móviles que desencadenaron los sucesos del 11 de marzo (el 11-M) en Madrid– que envuelven las estructuras de producción, mediación y resolución de conflictos: "Las cajas negras de los aviones del 11-S contienen claves para comprender las redes imaginarias del poder –y del terror– políticos". Será difícil llegar a esa cámara oscura, pero como en la caverna de Platón, el reto de los antropólogos de la violencia quizá sea entrever esas claves a través de las sombras que en la realidad producen las manos negras, los hombres negros, las noches negras, las listas negras, los tatuajes negros y los agujeros negros.

Las aportaciones recientes sobre las nuevas violencias y las cajas negras de los aviones que surcaron en

llamas el 11 de septiembre de 2001 nos remiten a un complejo escenario, que va desde lo cotidiano a lo macroestructural, donde las violencias se encuentran en un continuo proceso de mutación. No se trata tanto de que hayan cambiado en su naturaleza, lo que también está ocurriendo en algunos casos,¹⁷ sino de que la tensión que existe en esta coyuntura histórica entre los actos, los usos, las representaciones y los análisis de la violencia ha transformado cada uno de estos espacios de acción social y, por ende, el conjunto global en el que se ejecutan, interpretan y analizan los actos violentos. Y es evidente que la plasmación de las violencias en los medios de comunicación es un elemento fundamental en este proceso, no solamente por lo que los medios muestran, sino también por lo que silencian, desvían u ocultan. Es importante señalar que esta tensión calidoscópica de los contextos y los contornos no sólo afecta a las masivas violencias políticas sino a cualquier tipo de violencia, incluidas las que parecieran desenvolverse en los ámbitos más locales. Por ejemplo, los debates y movilizaciones internacionales relacionados con las prácticas de ablación de clítoris y su vinculación con el expansivo discurso de los derechos humanos –cada vez más importante en la dinámica de las relaciones internacionales– han redimensionado por completo los contextos sociales, culturales y políticos en los que esta cruel forma de mutilación se producía anteriormente. Como ocurre en este caso, incluso las violencias que en algún momento hemos llamado "tradicionales" se transnacionalizan, adquieren otra visibilidad, se tejen de formas novedosas con procesos sociales, históricos y de género, obligan a las autoridades locales garantes de la tradición a elaborar discursos justificativos ante una audiencia globalizada, se convierten en banderas de enganche coyunturales para la *comunidad humanitaria mundial* (Ignatieff, 1998), infiltran las agendas de determinados grupos feministas o se adhieren de forma más o menos estridente a los debates sobre los flujos migratorios. Los ejemplos serían múltiples y desbordan el alcance de estas páginas.¹⁸ La idea básica es que el reconocimiento y análisis de las formas en las que las violencias se producen y se transforman en las nuevas cajas de resonancia y flujos

¹⁷ Como señala Bernard-Henry Lévy en relación con el 11 de septiembre: "El *stock* de las posibles barbaries, que creíamos agotado, aumentaba con una variante inédita. Como siempre, como cada vez que se la cree apagada o adormecida, cuando nadie lo espera ya, va ella y se despierta con el máximo furor y, sobre todo, con la máxima inventiva: otros teatros, nuevas líneas de frente y nuevos adversarios, más temibles por cuanto nadie los había visto venir" (2002: 16-17).

¹⁸ Otro ejemplo semejante: las noticias e imágenes sobre condenas a lapidación de mujeres adúlteras en Nigeria están dando lugar a organizadas campañas cibernéticas de dimensiones desconocidas por parte de algunas Organizaciones No Gubernamentales (ONG) punteras (por ejemplo, las campañas de Amnistía Internacional en favor de Safiya Hussaini y Amina Lawal; véase la página informativa de AI, <http://www.amnistiapornigeria.org>), a encendidos debates en los medios de comunicación, a fuertes presiones políticas y económicas, e incluso han sido la causa de la retirada de algunas representantes nacionales para el concurso de Miss Universo que se celebra en dicho país.

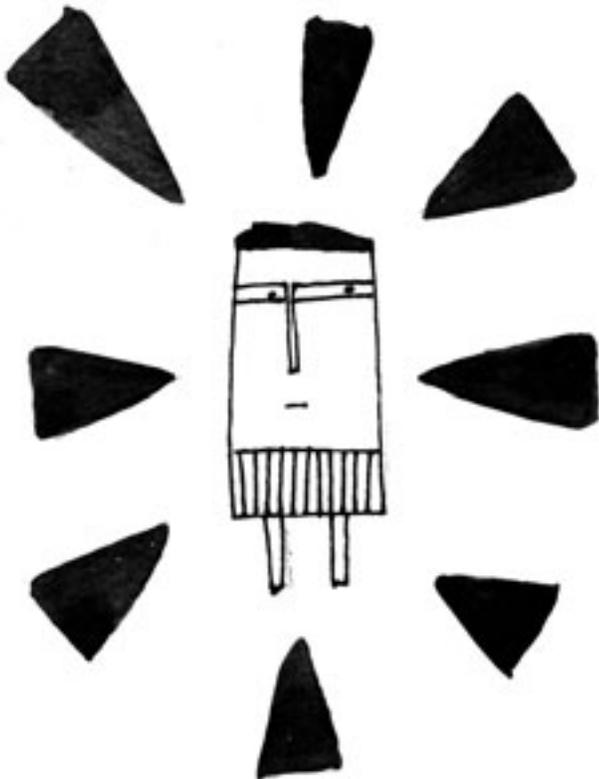
de la globalización –y está aún por definir cuál será el verdadero efecto de los atentados del 11 de septiembre, el 11 de marzo o la guerra de Irak y sus *torturas-souvenir* en la forma en la que pensaremos las violencias en el siglo XXI– deben convertirse en un eje crucial para la articulación de una antropología de la violencia de y para el futuro.

La propuesta de que las violencias deben entenderse en constante proceso de mutación exigiría a la antropología de la violencia replantearse continuamente, de manera crítica, la naturaleza y contornos de los objetos de estudio y sus contextos relevantes de análisis. El estudiar la ablación de clítoris exclusivamente en relación con tradiciones y significaciones locales, aun siendo un nivel de análisis fundamental, dejaría fuera los procesos de amplificación descritos con anterioridad, que ya son consustanciales a esta forma de violencia. En un contexto tan competitivo de intereses geopolíticos, denuncias de ONG o colectivos sociales, cámaras ocultas o espectáculos mediáticos humanitarios (Aguirre, 2001), a medida que nuevas violencias capturan el imaginario de segmentos significativos de la comunidad local, nacional o internacional, penetran los espacios de debate y se suman a estrategias políticas y económicas; otras que estuvieron temporalmente en la cúspide pierden visibilidad, se apagan hasta una nueva crisis, se disuelven en otros procesos que las

engloban o desaparecen en la creciente nómina de paisajes desolados sin memoria. Por lo tanto, estudiar las violencias supone también trazar estas genealogías de luces y sombras referentes a los contextos globales en los que se producen.

Pero además, el planteamiento propuesto ha de estar asociado necesariamente a un talante investigador basado en la flexibilidad teórica y metodológica respecto a las violencias. Si aceptamos que los contextos de análisis de las violencias desbordan los límites clásicos de algunos estilos de investigación antropológica (Starn, 1992), se requiere una adecuación que permita a la disciplina enfrentar las nuevas preguntas y producir estudios también relevantes para otras disciplinas afines y para la opinión pública. Aunque ya hemos discutido antes los debates actuales en torno a la problemática de hacer trabajo de campo en situaciones de violencia, su presencia en la metodología antropológica es insustituible y, sin duda, mantendrá su centralidad en el futuro. El compromiso ético y metodológico con *los de afuera* y *los de abajo*, tan afín históricamente a la disciplina antropológica –teniendo en cuenta las profundas transformaciones que estos términos sufren con la globalización–, continúa siendo un espacio esencial de investigación tanto con respecto a víctimas como a victimarios de la violencia. Pero de manera simultánea, siguiendo la ya clásica llamada de Laura Nader (1969) a investigar los espacios de poder –*study up*– y la reciente propuesta de Bartra relativa a los imaginarios políticos del terror, parece recomendable que los antropólogos de la violencia asuman asimismo, sin complejos, estos ámbitos de hegemonía como *lugar de campo* legítimo, y profundicen en el análisis de la construcción y modulación de las violencias en los medios de comunicación, en los discursos y decisiones de las elites políticas, en las reuniones de los organismos internacionales, en las jerarquías policiales o militares, en los debates entre intelectuales en la sociedad civil, etcétera.

Una antropología de la violencia que investigue las tensiones entre procesos globales y locales está en una posición idónea para contribuir a la ampliación de los ámbitos de estudio de la disciplina. Como ya está ocurriendo en la última década y se hace explícito en las colecciones de textos que han aparecido en años recientes, la presencia de antropólogos en cárceles, campos de refugiados, centros de internamiento, bases militares o imaginarios políticos del terror es una demostración clara de cómo los marcos teóricos y métodos que han brotado dentro de nuestra disciplina tienen suficiente potencial para expandirse de forma pertinente a lugares antes visitados sólo esporádicamente o considerados *off limits*. Una antropología de la violencia con futuro debiera ser capaz de afrontar el estudio



de *cualquier* tipo de violencia en *cualquier* nivel de análisis, sin perder con ello de vista las claves fundamentales que caracterizan a la disciplina.

Al mismo tiempo, la creciente complejidad de los ámbitos en los que se producen y resuenan las violencias hace aconsejable el fomento de compromisos interdisciplinarios, tanto en la fase de elaboración de proyectos, como en el curso de la investigación, o en la búsqueda de espacios para la divulgación e intercambio del conocimiento producido. El que los antropólogos precisemos leer e interactuar más con los sociólogos, los psicólogos, los juristas, los criminólogos, los comunicólogos, los especialistas en paz y conflicto, los activistas o los periodistas es tan cierto como lo es, o debiera ser, el proceso inverso. El hecho de que las bibliografías de las etnografías de la violencia contemporáneas aparezcan cada vez más salpicadas de referencias a autores de otras disciplinas, o de que se fomenten intercambios académicos en redes o instituciones es, más allá de la retórica, un proceso necesario si de lo que se trata es de investigar, desenmascarar y desarmar las violencias con eficacia.¹⁹

Será importante, finalmente, profundizar en el debate epistemológico y ético sobre el papel de la antropología en las sociedades contemporáneas. Si el objetivo es que los estudios tengan suficiente impacto social y de ese modo contribuyan a la denuncia de los agentes y efectos perversos de las violencias, premisa básica para la concienciación crítica de la opinión pública y el estrechamiento de la legitimidad de ellas, la antropología de la violencia del futuro debiera ser capaz de diversificarse y apelar de manera directa a distintos tipos de audiencias. Este compromiso significaría una mayor modulación de las retóricas disciplinarias para, sin renunciar al rigor, alcanzar la divulgación adecuada a cada caso. Si se acepta esta premisa, los antropólogos de la violencia debieran estar tan interesados en escribir un informe pericial, un manifiesto, una nota de prensa o un artículo periodístico de fondo, como lo están en escribir importantes textos académicos. Deberían estar tan dispuestos a presentar públicamente su trabajo en un medio de comunicación, en un colegio o en una ONG, como lo están en presentarlo en un con-

greso profesional. Y debieran estar tan preparados para participar en comités de expertos o en organizaciones de apoyo y denuncia como lo están para participar en asociaciones profesionales. En definitiva, deberían entrar en la disputa por la construcción o resignificación de sentidos alternativos a las narrativas hegemónicas de las violencias en los medios de comunicación. Por supuesto, es este un debate complejo que no ofrece soluciones ni compromisos únicos, pero que tampoco puede ser exótico en una disciplina que estudia espacios sociales de injusticia, trauma, terror y muerte.

Post scriptum: Madrid, 11-M, crisol de miradas

El terror surge de cualquier intento de vivir más allá de los propios límites sociales de identidad, y es también un medio usado para controlar el desorden primordial del ser humano libre.

Saïd (1991: 341)

El complejo calidoscopio de emociones y estados de ánimo provocado por la llegada del *tren de la muerte* el 11-M—pesadumbre, incredulidad, rabia, horror, indignación, dolor, solidaridad, ansia de participación política—nos ha dejado abatidos, desorientados y, sin duda alguna, exhaustos. En las primeras horas quedamos momentáneamente cegados por las explosiones y sus secuelas políticas y mediáticas. El rompecabezas era demasiado amplio, las imágenes, estremecedoras, las explicaciones, equívocas, y el contexto político, frenético. Inmerso en la intensa y polémica construcción mediática del 11-M, en la categoría de noticias que en todos los medios aludían directamente a los cuerpos heridos y mutilados de las víctimas directas del atentado, *El País* nos informaba de las lesiones oculares más comunes con las que habían llegado a los hospitales madrileños: “quemaduras de pólvora en los párpados y en las pestañas, desprendimientos y hemorragias en la retina, e impacto de cuerpos extraños en

¹⁹ Ello guarda relación con aquellos casos en los cuales los antropólogos activistas intervienen en situaciones concretas de violencia. En este sentido, debemos citar un texto de Juris (s/f), donde reflexiona sobre la violencia representada e imaginada a partir de la famosa “batalla de Génova” (julio de 2001). El autor estaba realizando trabajo de campo acerca del movimiento antiglobalización, participando en la manifestación como *antropólogo activista*, papel liminar siempre difícil, como pudo comprobar al presenciar el asalto de la policía a la escuela en la que estaba alojado junto con otros activistas. Un ejemplo opuesto sería la proliferación de observatorios sobre la violencia de todo tipo (doméstica, deportiva, terrorista, racista) que, pese a su origen como mecanismo interdisciplinario *neutro* para incidir de inmediato en la realidad social de las violencias, no pueden evitar caer en las trampas de las instituciones que los promueven, las cuales siempre priorizan la toma de partido inmediata sobre la reflexión mediata.

la córnea”.²⁰ Estas terribles heridas eran apenas el tejido orgánico rasgado por las escenas indescriptibles que las víctimas vieron y experimentaron primero durante la explosión y luego entre los hierros retorcidos de los vagones.

Las lesiones de los ojos y de la mirada de las víctimas del 11-M se inscribieron paulatina y traumáticamente en el cuerpo social y político con el paso de las horas, las imágenes y los teletipos, afectando a todos los testigos del atentado, los que estuvieron sobre el terreno en alguno de los escenarios asociados de manera directa—estaciones, hospitales, morgues, etcétera—y los que lo consumieron masivamente a través de los medios de comunicación. Todos, en mayor o menor medida, vimos—entrevimos—cosas escalofriantes. La tentación de trivializar los escenarios políticos, fomentar estereotipos simplificadores de colectivos humanos, cimentar actitudes xenófobas o, sencillamente, disolvernos de nuevo en un festín consumista sería un destino triste para este trauma colectivo inscrito en los ojos del 11-M. Ahora no podemos perder la vista. Al contrario, tenemos la posibilidad de convertirla en un aparato crítico que afiance su poder de análisis, mientras absorbe y descompone la tragedia. El titular del artículo aludido anteriormente era “Ojos salvados”, con referencia a las intervenciones de urgencia llevadas a cabo por el Servicio de Oftalmología del hospital Gregorio Marañón. Así, por continuar con el símil, parece imprescindible—urgente—que esta mirada herida por la violencia del 11-M esquivé, en una suerte de *oftalmología social preventiva*, las tentaciones del rencor, el odio o el partidismo y se despliegue en forma de clarividencia o lucidez que, si bien no está todavía del todo esbozada, tiene el potencial para consolidarse paulatinamente como un punto de inflexión clave en el refrescamiento democrático de nuestro entorno social y político desde la sociedad civil. Apuntamos de forma breve, como pistas para el lector, algunos posibles rumbos para esta mirada convaleciente del horror. Su primera y vertiginosa plasmación pudo ser el alto nivel de participación en un proceso electoral que, borrado del mapa durante unos minutos, o quizá unas pocas horas, irrumpió de nuevo en nuestro desconcierto y nuestro duelo prácticamente desde el momento en que era cancelada la campaña de manera oficial.

Tras los resultados—sin duda más complejos y matizados que lo que nos quieren hacer creer las versiones ancladas en el *efecto 11-M* y la *noche de los sms*—tomen nota los políticos, *spin doctors*, asesores de imagen y

gabinetes de crisis sobre el precio de la utilización sistemática de lo que José Vidal-Beneyto ha llamado *armas de falsedad masiva*. Otro efecto clarividente puede ser la erradicación definitiva de cualquier atisbo de legitimidad social y política de la violencia ejercida por ETA. Es aún pronto para evaluar el eco del 11-M sobre la estrategia futura de ETA y su horizonte de acción, pero es una reverberación que se augura indudable, ojalá irreversible. Un efecto más de refrescamiento en la mirada, propiciado por el *descubrimiento*—para algunos sorprendente—de la diversidad en el origen nacional de los fallecidos en el atentado, debería plasmarse en un impulso solidario al reconocimiento de los inmigrantes como miembros legítimos, plenamente visibles y detentadores de derechos y deberes en nuestro entramado social, más allá de las ayudas coyunturales ofrecidas por el Estado a los inmigrantes víctimas de los atentados y sus familias. Otra importante travesía de esta mirada renacida de la tragedia supondría la quiebra de la saturación de la empatía con el sufrimiento ajeno por exceso de horrores, recuperando en la parte más íntima de nuestra geografía y nuestra acción política la creciente constelación de *zonas cero* que se generan casi a diario en el planeta, algunas reconocidas, otras ignoradas, algunas espectaculares, otras apenas perceptibles, algunas producidas por integristas religiosos, otras por gobiernos de conocido poder y prestigio. Queda para el lector la tarea de contribuir desde sus ojos heridos de 11-M a esta lista interminable.

Bibliografía

- AGUIRRE, M.
2001 “The media and the humanitarian spectacle”, en *Reflections on Humanitarian Action: Principles, Ethics, and Contradictions*, Pluto Press, Londres.
- ALLUÉ, M.
1994 *Perder la piel*, Seix-Barral/Planeta, Barcelona.
- ARANZADI, J.
2001 *El escudo de Arquíloco: Sobre mesías, mártires y terroristas*, A. Machado, Madrid, 2 vols.
- ARCIAGA, S., Y O. NATERAS
2002 “El dolor social”, en *Revista Internacional de Psicología Social*, vol. 1, núm. 1, México.
- ARETXAGA, B.
1988 *Los funerales en el nacionalismo radical vasco: Ensayo antropológico*, Baroja, Donostia.
- BARTRA, R.
2003 “La redes imaginarias del terror político”, conferencia inaugural del IX Congreso de Antropología. Cultura y Política, ICA-FAAEE, Barcelona.
- BENJAMIN, W.
1999 *Para una crítica de la violencia y otros ensayos (Iluminaciones IV)*, Taurus, Madrid [1922].

²⁰ *El País*, viernes 2 de abril de 2004, p. 17.

- BINFORD, L.
2002 "Violence in El Salvador: A rejoinder to Philippe Bourgois' 'The continuum of violence in war and peace'", en *Ethnography*, vol. 3, núm. 2, pp. 201-219.
- BLAIR, E.T.
2003 "La violencia frente a los nuevos lugares y/o los Otros de la cultura", en C. Feixa y F. Ferrándiz, eds., *Violencias y culturas*, FAAEE-ICA, Barcelona.
- BOURDIEU, P.
1994 *Raisons pratiques*, Seuil, París.
2000 *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
- BOURDIEU, P., y L. WACQUANT
1992 *An Invitation to Reflexive Sociology*, University of Chicago Press, Chicago.
- BOURGOIS, P.
1995 *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, Cambridge University Press, Cambridge.
2001 "The continuum of violence in war and peace: post-cold war lessons from El Salvador", en *Ethnography*, vol. 2, núm. 1, pp. 5-34.
- CLASTRES, P.
1974 *La Société contre l'Etat*, Minuit, París.
1981 *Antropología política*, Gedisa, Barcelona.
- COMELLES, J.M.
2001 "Tecnología, cultura y sociabilidad: Los límites culturales del hospital contemporáneo", en M.A. Perdigueroy J.M. Comelles, eds., *Medicina y cultura*, Bellaterra, Barcelona.
- DANIEL, E.V.
1996 *Charred Lullabies: Chapters in an Anthropology of Violence*, Princeton University Press, Princeton.
1997 "Suffering nation and alienation", en A. Kleinman, V. Das y M. Lock, eds., *Social Suffering*, University of California Press, Berkeley, pp. 309-358.
- DAS, V., ET. AL., EDS.
2000 *Violence and Subjectivity*, University of California Press, Berkeley.
2001 *Remaking a World: Violence, Social Suffering and Recovery*, University of California Press, Berkeley.
- DELGADO, M.
2001 *Luces iconoclastas*, Ariel, Barcelona.
- EVANS-PRITCHARD, E.E.
1977 *Los Nuer*, Anagrama, Barcelona [1940].
- FATELA, J.
1989 *O sangue e a rua. Elementos para uma antropologia da violencia em Portugal (1926-1946)*, Dom Quixote, Lisboa.
- FEIXA, C.
1998 *De jóvenes, bandas y tribus*, Ariel, Barcelona.
- FEIXA, C., y F. FERRÁNDIZ, EDS.
2003 *Violencias y culturas*, ICA-FAAEE, Barcelona.
- FELDMAN, A.
1991 *Formations of Violence: The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*, University of Chicago Press, Chicago.
1995 "Epilogue: ethnographic states of emergency", en C. Nordstrom y A. Robben, eds., *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, University of California Press, Berkeley, pp. 224-252.
- FERNÁNDEZ DE ROTA, J.A., ED.
1994 *Etnicidad y violencia*, Universidade da Coruña, A Coruña.
- FERRÁNDIZ, F.
2002a "Malandros: Espacios de trauma, estigma y peligro entre jóvenes venezolanos", en C. Feixa, F. Molina y C. Alsinet, eds., *Movimientos juveniles en América Latina: Pachucos, malandros, punketas*, Ariel, Barcelona, pp. 65-78.
2002b "Conclusion: media on fire", en M. Aguirre y F. Ferrándiz, eds., *The Emotion and the Truth: Studies in Mass Communication and Conflict*, HumanitarianNet, Bilbao, pp. 151-160.
- FERRÁNDIZ, F., y C. FEIXA, EDS.
s/f *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Anthropos, Barcelona, en prensa.
- FRIGOLÉ, J.
2003 *Cultura y genocidio*, Edicions de la UB, Barcelona.
- GALTUNG, J.
1975 *Essays in Peace Research*, Christian Ejlers, Copenhagen.
- GREEN, L.
1995 "Living in a state of fear", en C. Nordstrom y A. Robben, eds., *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, University of California Press, Berkeley, pp. 105-127.
- HERNÁNDEZ, A.
2003 "Las mujeres frente a la violencia política en Chiapas, México", en C. Feixa y F. Ferrándiz, eds., *Violencias y culturas*, FAAEE-ICA, Barcelona.
- HINTON, A.L.
2002 *Genocide: An Anthropological Reader*, Blackwell, Oxford.
- IGNATIEFF, M.
1998 "The stories we tell: Television and humanitarian aid", en J. Moore, ed., *Hard Choices: Moral Dilemmas in Humanitarian Intervention*, Rowman and Littlefield, Oxford.
- JURIS, J.J.
s/f "Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el *Black Bloc* y los medios de comunicación en Génova", en F. Ferrándiz y C. Feixa, eds., *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Anthropos, Barcelona, en prensa.
- KLEINMAN, A., ET. AL., EDS.
1997 *Social Suffering*, University of California Press, Berkeley.
- LAMBEK, M., y P. ANTZE
1996 "Introduction: Forecasting memory", en P. Antze y M. Lambek, eds., *Tense Past: Cultural Essays in Trauma and Memory*, Routledge, Londres, pp. ix-xxxviii.
- LAN, D.
1985 *Guns and Rain: Guerrillas and Spirit Mediums in Zimbabwe*, University of California Press, Berkeley.
- LESCHIUTTA, P.
1996 "Palimsesti del carcere". *Cesare Lombroso e le scritture proibite*, Liguori, Nápoles.
- LÉVY, B.H.
2002 *Reflexiones sobre la guerra, el mal y el fin de la historia*, Ediciones B, Barcelona.
- LEWIS, O.
1981 *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, Fondo de Cultura Económica, México [1961].
- LOMBROSO, C.
1878 *L'uomo delinquente in rapporto all'Antropologia, alla Giurisprudenza ed alle Discipline Carcerarie*, Milán.
- LUTZ, C.
2001 *Homefront: A Military City and the American Twentieth Century*, Beacon Press, Boston.
- MALKII, L.H.
1995 *Purity and Exile, Violence, Memory and National Cosmology among Hutu Refugees in Tanzania*, Chicago University Press, Chicago.

- MAQUIEIRA, V., Y C. SÁNCHEZ, COMPS.
1990 *Violencia y sociedad patriarcal*, Pablo Iglesias, Madrid.
- MARTINO, E. DE
1980 *Furore simbolo valore*, Feltrinelli, Milán.
- MEDEIROS, R.
2003 "La violencia en el trabajo marginal: Un estudio sobre el oficio de la prostitución", en C. Feixa y F. Ferrándiz, eds., *Violencias y culturas*, FAAEE-ICA, Barcelona.
- MURPHY, R.F.
1987 *The Body Silent*, Henry Holt & Co., Nueva York.
- NADER, L.
1969 "Up the anthropologist: Perspectives gained from studying up", en D. Hymes, ed., *Reinventing Anthropology*, Random House, Nueva York.
- NAGENGAST, C.
1994 "Violence, terror, and the crisis of the State", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 23, pp. 109-136.
- NORDSTROM, C., Y J.A. MARTIN, EDS.
1992 *The Paths to Domination, Resistance, and Terror*, University of California Press, Berkeley.
- NORDSTROM, C., Y A. ROBBEN, EDS.
1995 *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, University of California Press, Berkeley.
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD (OMS)
2003 *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, OPS/OMS, México.
- PEDELTY, M.
1995 *War Stories: The Culture of Foreign Correspondents*, Routledge, Nueva York.
- RAMONET, I.
2002 *Guerras del siglo XXI*, Mondadori, Madrid.
- RICHES, D., ED.
1988 *El fenómeno de la violencia*, Pirámide, Madrid.
- ROBBEN, A.
1995 "The politics of truth and emotion among victims and perpetrators of violence", en C. Nordstrom y A. Robben, eds., *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, University of California Press, Berkeley, pp. 81-103.
- ROBBEN, A., Y M. SUÁREZ-OROZCO, EDS.
2000 *Cultures Under Siege: Collective Violence and Trauma*, Cambridge University Press, Cambridge.
- ROMANÍ, O.
1996 "Antropología de la marginación", en J. Prat y A. Martínez, eds., *Ensayos de antropología cultural*, Ariel, Barcelona, pp. 303-318.
2000 *Las drogas*, Ariel, Barcelona.
- SAÏD, E.W.
1991 *Orientalisme. Identitat, negació i violència*, Eumo, Vic [1978].
- SCHEPER-HUGHES, N.
1997 *La muerte sin llanto: Violencia y vida cotidiana en Brasil*, Ariel, Barcelona.
2002 "The global traffic in human organs", en J.X. Inda y R. Rosaldo, eds., *The Anthropology of Globalization: A Reader*, Blackwell, Oxford, pp. 270-308.
- SCHEPER-HUGHES, N., Y P. BOURGOIS, EDS.
2004 *Violence in War and Peace: An Anthology*, Blackwell, Oxford.
- SCHMIDT, B.E., E I.W. SCHRÖDER, EDS.
2001 *The Anthropology of Violence and Conflict*, Routledge, Londres.
- SLUKA, J.A.
1992 "The Anthropology of conflict", en C. Nordstrom y J. Martin, eds., *The Paths to Domination, Resistance and Terror*, University of California Press, Berkeley, pp. 190-218.
1995 "Reflections on managing danger in fieldwork: Dangerous Anthropology en Belfast", en C. Nordstrom y A. Robben, eds., *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, University of California Press, Berkeley, pp. 276-294.
- SLUKA, J.A., ED.
2000 *Death Squad: The Anthropology of State Terror*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia.
- STARN, O.
1992 "Missing the revolution: Anthropologists and the war in Peru", en G.E. Marcus, ed., *Rereading Cultural Anthropology*, Duke University Press, Durham, pp. 152-180.
- STOLL, D.
1993 *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*, Columbia University Press, Nueva York.
- SWEDENBURG, T.
1995 "With genet in the Palestinian Field", en C. Nordstrom y A. Robben, eds., *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, University of California Press, Berkeley, pp. 25-40.
- SZTOMPKA
2000 "Cultural trauma: The other face of social change", en *European Journal of Social Theory*, vol. 3, núm. 4, pp. 449-466.
- TAUSSIG, M.
1987 *Colonialism, Shamanism and the Wild Man: A study in Terror and Healing*, University of Chicago Press, Chicago.
1992 *The Nervous System*, Routledge, Nueva York.
- VELHO, G., Y M. ALVITO
1996 *Cidadania e violència*, UFRJ/FGV, Río de Janeiro.
- VENDRELL, J.
2003 "Sobre la violencia sexual y su representación en el estado de Morelos (México)", en C. Feixa y F. Ferrándiz, eds., *Violencias y culturas*, FAAEE-ICA, Barcelona.
- WILSON, R.A.
1997 "Representing human rights violations: Social contexts and subjectivities", en R.A. Wilson, ed., *Human Rights, Culture and Context: Anthropological Perspectives*, Pluto Press, Chicago, pp. 134-160.
- WINKLER, C.
1995 "Ethnography of the ethnographer", en C. Nordstrom y A. Robben, eds., *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, University of California Press, Berkeley, pp. 155-184.
- WOLFGANG, M.E., Y F. FERRACUTTI
1982 *La subcultura de la violencia*, Fondo de Cultura Económica, México [1967].
- ZULAICA, J.
1988 *Violencia vasca: Metáfora y sacramento*, Nerea, Madrid.
1999 *Enemigos, no hay enemigo*, Erein, Donostia.